

La Semana Gráfica

4



Sevilla

30 cts.

Periódicos, Obras de lujo y
Revistas ilustradas.

TRABAJOS COMERCIALES DE TODAS CLASES

Prontitud y Esmero.

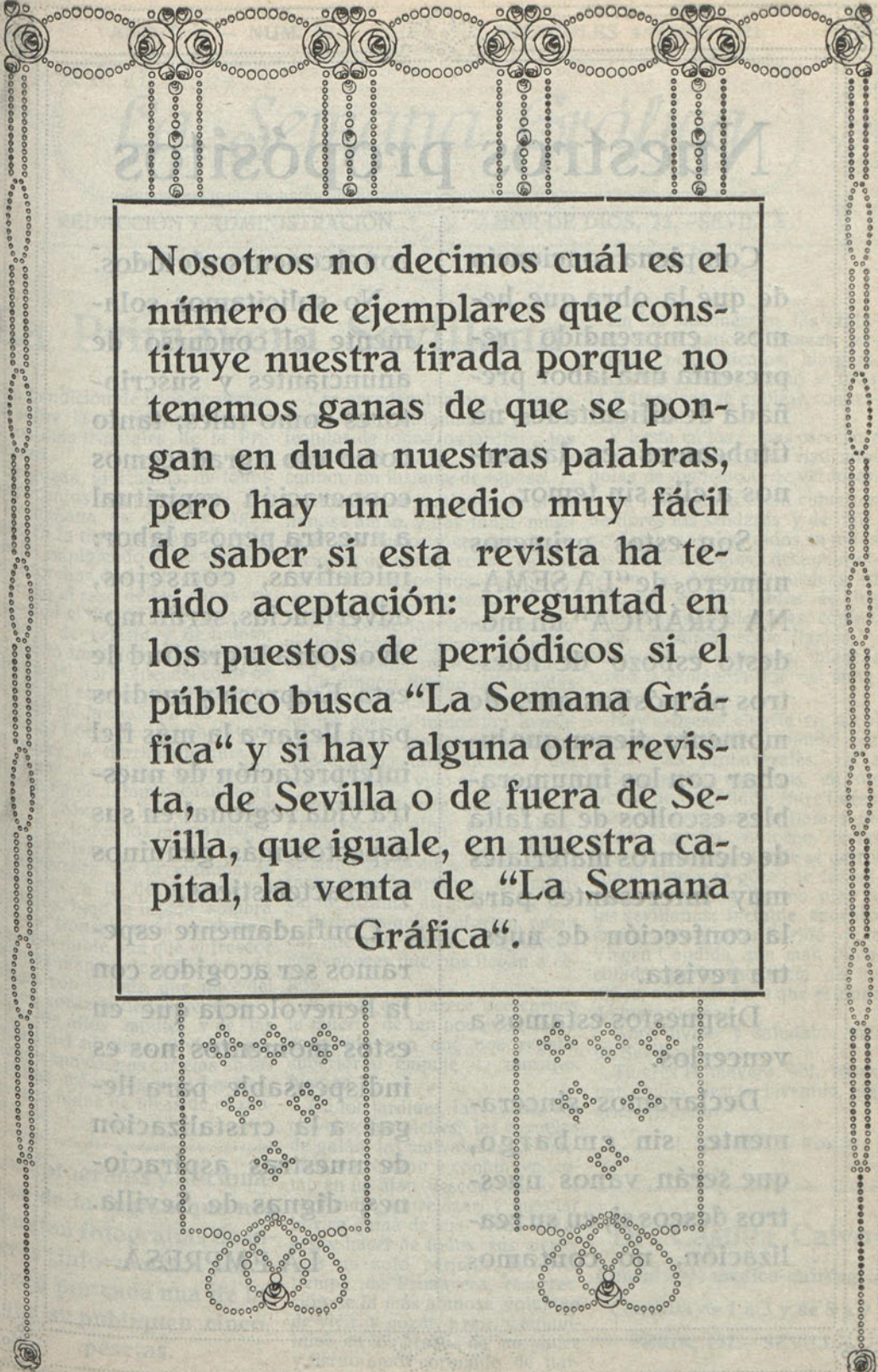
IMPRENTA BERGALI

ÚNICA CASA EN SEVILLA QUE IMPRIME
OBRAS DE MÚSICA.



AMOR DE DIOS, núm. 33

Teléfono 827



Nosotros no decimos cuál es el número de ejemplares que constituye nuestra tirada porque no tenemos ganas de que se pongan en duda nuestras palabras, pero hay un medio muy fácil de saber si esta revista ha tenido aceptación: preguntad en los puestos de periódicos si el público busca “La Semana Gráfica” y si hay alguna otra revista, de Sevilla o de fuera de Sevilla, que iguale, en nuestra capital, la venta de “La Semana Gráfica”.

Nuestros propósitos

Con plena conciencia de que la obra que hemos emprendido representa una labor preñada de dificultades, no titubeamos en lanzarnos a ella sin temor.

Son estos primeros números de "LA SEMANA GRÁFICA" un modesto esbozo de nuestros propósitos que, de momento, tienen que luchar con los innumerables escollos de la falta de elementos materiales muy interesantes para la confección de nuestra revista.

Dispuestos estamos a vencerlos.

Declaramos sinceramente, sin embargo, que serán vanos nuestros deseos si, en su realización, no contamos

con el concurso de todos.

No solicitamos solamente el concurso de anunciantes y suscriptores como tales; tanto como eso agradecemos cooperación espiritual a nuestra penosa labor: iniciativas, consejos, advertencias, serán motivos para la gratitud de esta Empresa y medios para llegar a la más fiel interpretación de nuestra vida regional en sus aspectos más genuinos y característicos.

Confiadamente esperamos ser acogidos con la benevolencia que en estos momentos nos es indispensable para llegar a la cristalización de nuestras aspiraciones, dignas de Sevilla.

LA EMPRESA.

La Semana Gráfica

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

AMOR DE DIOS, 33.—SEVILLA

La Primavera Sevillana

La bendición de Dios se derrama sobre la maravillosa Sevilla, en los días triunfales de la Primavera.

Se gozan, viviéndola, de todos los encantos de un Paraíso.

La mañana es como el agua clara en la taza de mármol de la fuente, reflejando a la viva luz de antorchas deslumbrantes.

Como el raso de las capas rituales en el día de la Pureza, es el cielo de celeste y de limpio; así como humo de incienso en la lejanía del horizonte; del color de la flor del romero, en el zenit.

El sol de la mañana es como lluvia de flores de retama cayendo sobre la tierra palpitante, al igual que el corazón de una desposada en el tálamo, cuando ya no son promesas las ternuras del amado, y todos los labios pregonan su belleza.

La frescura de la mañana es semejante a la del fruto de los naranjos, bajo la tupida sombra de una transparencia cristalina, más deleitable aún que el frescor de unas manos de niños cuando juegan con la linfa que nace del hondo corazón de los veneros.

De los altos montes y de las orillas del río llega el viento poniendo suavísimas caricias en las mejillas ardorosas y en las frentes hinchidas de ideas de exaltación.

Los fotógrafos y aficionados de la región que nos remitan fotografías de interés informativo percibirán por cada una de las que se publiquen cinco pesetas.

Y se suceden durante el día las horas como inflamadas. En las frondas de todos los jardines, los pájaros en celos, revoltean y cantan, sin instante de reposo.

Alocados se persiguen, se arrullan, se aman, y hay tanta música en sus vuelos y en sus declaraciones de amor, como en las corrientes de los ríos, en los besos y en las risas gozosas.

Y así como las horas del día esplendoroso, llegan a encenderse y a inflamarse los corazones.

En ningún tiempo tan hondas las ansias, jamás tan inquietantes los deseos, nunca tan avasalladoras las pasiones, y nunca, nunca, nunca, tan poderoso y tan resuelto y tan vivo el amor...

Porque en este tiempo de la Primavera, el alma está embriagada de dulzura, y los sentidos se sienten alocados en fuerza de tanto goce de aromas, de música, de lozanía, de gracia y de luz.

Perfumes que confortan, músicas que nos hacen languidecer, esplendores que nos llegan a cegar.

Y amor que parece acercarnos la muerte, de tan poderosa como es la vida con que nos regala, superior al empuje de nuestras fuerzas.

En los jardines, las rosas, los claveles, los alielies, las espuelas de galán, las malvalocas, se mezclan, entrelazan y confunden como en un afán desconcertado de confundir, entrelazar y mezclar la rica gama de sus vivos colores, y hacer de todos sus perfumes un solo perfume de Abril, tiempo de Primavera, resurrección de la más afanosa voluntad de vivir, y gozar, y reir, y aniquilarse en los brazos de un dulce y fiero amor coronado de narcisos y azahar.

En los balcones, en las ventanas, en los patios y azoteas, geráneos, pensamientos, margaritas, tantos, tantos, como si toda la Naturaleza se hubiese convertido en flor.

Y hasta en las ruinas carecen y florecen los jaramagos vistiéndolos de amarillo y de verdes.

En los campos están cubiertos de flores los senderos y de mieses las hazas; hay nidos en todos los árboles, fulgores deslumbrantes en las lejanías; músicas en arroyos; en los labios de los campesinos apasionadas coplas; y en los aires, ecos, llamas, y bandadas de palomas, blancas como la espléndida flor del magnolio.

Hay suprema alegría en la comunión del Viático cuando por estos días primaverales, va a buscar a los enfermos, en sus lechos de impedidos, entre flores, músicas, incienso y oriflamas; interno regocijo en torno de las fiestas populares donde se derrocha el vino y se goza de las miradas profundas de los ojos de las sevillanas; inefable encanto, en fin, ante el altar florido de la Virgen Cándida, aún más inmaculada que la inocencia de los niños, aún más pura que el ampo de las azucenas.

Abril divino y saludable mes de Sevilla...

Tú eres Primavera, sol, rosas, pan divino, fiestas, juventud, alegría... ¡y amor!

J. MUÑOZ SAN ROMÁN.

Dr. Castilla Calvo

Consultorio médico-quirúrgico

Consulta de 1 a 3 y de 8 a 9

FERIA, 157.—SEVILLA

Crónicas cordobesas

Lo que no se conoce de la Ciudad

Si no fuera porque Córdoba pertenece a la historia y guarda muchos recuerdos de su esplendoroso pasado, sería una de esas ciudades de cuya existencia solemos dudar en algunos momentos.

Córdoba continúa siendo la ciudad misteriosa que sólo ofrece al viajero la belleza de su exterior, como si ello bastara para satisfacer su curiosidad.

El turista viene a Córdoba con el único objeto de visitar la Mezquita y las murallas romanas, porque en la ciudad nadie se cuidó de popularizar sus lugares típicos.

Visitando la Basílica creen muchos que han logrado penetrar en el espíritu del pueblo. Ello es completamente falso.

El viajero que no se haya perdido a cosa hecha por el laberinto de callejones que integran el moruno barrio del Alcázar viejo, el que no haya pasado muchas horas deambulando por las tortuosas calles de Santa Marina, difícilmente puede conocer la psicología del pueblo cordobés.

A través de las celosías de las puertas conventuales y de los enrejados de las cancelas, se adivinan patios y jardines, embellecidos por la naturaleza, por la mano del artista, y por el espíritu selecto de la mujer cordobesa. Córdoba, en algunos aspectos, nos parece una prolongación de Sevilla.

Hay aquí estos patios con su enlosado de mármol blanco, con sus macizos de plantas y con la fuente de piedra jaspeada, por cuyas tazas se derrama el agua que elevan los surtidores en sutilísimos chorros.

Ven estos jardines amplios, en donde las madreselvas y los jazmineros engalanan las paredes con el tapiz verde y blanco de sus hojas y de sus flores, y cuyos perfumes escancian en el ánfora de la ciudad. Palmeras airosas que eleven su gallardía por encima de las tapias, claveles y rosas amarillos y granas como el oro y la sangre del emblema nacional.

Si escudriñamos por las ventanas, veremos encima de cada mesa un jarrón con flores.

Nuestra alma se deja seducir por el misterio de estas calles, y parece dominarnos la influencia de un extraño exorcismo.

De pronto rompe el silencio de la calle las vibraciones de una guitarra, y entre el holgorio de las palmas y los gritos de júbilo, descubrimos el sentimiento del alma popular en una copla salida del pecho de una mujer que supo de cariños hondos y de ingratitudes que nunca se olvidan.

«Al caminar por el mundo tuve amor y tuve fe; desde que me has traicionado no puedo amar ni creer!»

Cada segundo que pasa lleva a nuestro ánimo una emoción desconocida, y llegamos a sentir la nostalgia y la pereza de un bello encantamiento, la dulzura de un sueño del que nunca quisiéramos despertar.

Pensamos que se equivocan los que creen que puede conocerse a los pueblos con sólo observar su tráfico comercial. La pasión y el sentimiento, lo que canta y lo que llora, sólo podremos hallarlo en el fondo de las bajas capas sociales; paseando por estas calles olvidadas donde a la luz de la luna los *mozuelos* pintureros, a través de los encajes de las flores que adornan las ventanas, hablan a la amada de nobles inquietudes y de supremos anhelos.

Seguimos pensando que el centro de las ciudades carece de espiritualismo y que únicamente puede darnos la sensación de un hormiguero humano que se agita impulsado por un fin material.

Córdoba no ha cultivado su popularidad en muchos aspectos, ni acaso haya quienes se decidan a hacerlo. Descuéntese de esta generalidad a Julio Romero de Torres, que supo recoger en los fondos de sus cuadros toda la belleza plástica de los paisajes cordobeses y unida a diversos aspectos de la vida popular.

Pero el gran maestro sólo puede considerarse como una excepción en este ambiente de apatía y pereza.

M. DURÁN DE VELILLA.

Córdoba, Abril 1921.

Dr. José Veas

Especialista en enfermedades venéreas y sífilíticas.

RECAREDO, 10.-SEVILLA

Gente extraña

El vuelo de la muerte

La eterna voluntad del mundo es el amor. En el fondo de toda vida hay una fuerza motriz impulsada por la gracia y el encanto de un rostro de mujer...

El amor tiene matices diversos. Guarda trágicos secretos en la noche inacabable de los tiempos. Hunde o eleva. Dignifica o degenera. Da la vida o proporciona la muerte. La maldad de una mujer es cien veces más temible que la cólera de su dictador. A los dictadores se les deslumbra con un supremo gesto de valor; a la mujer no se la domina con nada si odia intensamente.

Los grandes héroes no lo hubieran sido si no hubiesen sido amados.

Sin la mujer, el mundo se aburriría. El progreso universal está hecho a costa de los caprichos femeniles.

Fijaos. Marruecos es un país inculto y bárbaro porque la mujer es tratada como una cosa y sufre cobardemente la tiranía del macho. Cuando ella se redima, los moros ansiarán nuevas manifestaciones civilizadoras aguijoneados por el deseo insatisfecho de las cabecitas locas de su amadas...

La mujer tiene celos de la Muerte, porque lleva nombre femenino.

Por eso, los hombres luchan con la Muda; es la última amante, la que espera, segura de dar el abrazo definitivo, de proporcionar el éxtasis del que no vuelven...

En esta narración espeluzante que voy a contarte, lector, intervienen las dos hembras.

Y las víctimas son los hombres enamorados de ellas, fatalmente.

Oye y medita.

Perrier, fué en la guerra un as de la aviación. Perrier echó al suelo más de veinte aparatos enemigos. Perrier tuvo la honra, el honor, la dicha, de ser abrazado y admirado por el viejo y genial mariscal Joffre.

Perrier era huérfano. Su carácter tenía la rudeza peculiar de lo que no han gustado las exquisitas educadoras de la ternura, del cariño del hogar, de los consejos maternos.

La vida para él carecía de en-

cantos. Se volvió escéptico, insombrable, mizógono.

Se hizo aviador para estar lejos de la tierra, de los hombres, de las pasiones y de los egoísmos.

Allá arriba, en el aire, meditaba. ¡Veía a la tierra tan pequeña, que más de una vez pensó en subir, subir, hasta llegar al Sol!

Su heroísmo no era un producto de amor hacia la patria. Su corazón no daba flores. Más bien lo hacía por distraer su profunda y amarga melancolía.

Cuando sintió cerca de sí la admiración de toda Francia, sonrió volteriano, como hombre que conoce el secreto de todas las cosas del viejo y degastado mundo.

Perrier, sin embargo es una paradoja. Hombre al fin ¡se ha enamorado!

¿De quien? De una figulina frágil y bella, mimosa y encantadora, que frívola trata al taciturno, no como a un chico de la escuela.

Perrier ve en ella la salvación de su alma ¿Por qué no habrá de reír él, como rien los dichosos?

Y la compañera de sus vuelos peligrosos, de sus soledades amargas, ha tenido celos y le acecha envuelto en la capa negra de sus terrores...

Perrier tiene su rival. Perrier, que es muy impulsivo, está ferozmente indignado. Perrier quiere matar al ladrón de su dicha.

Y la figulina frágil y bella sonreíse dichosa de saber que dos hombres se disputan su amor...

Perrier ha concertado un duelo muy original con su enemigo.

Subirán los dos en el aparato. Se elevarán a cinco mil metros. El primero que sienta deseos de bajar, perderá el derecho a amar a la mujer que se disputan.

La figulina mimosa y encantadora ha palmoteado jubilosa al saber la terrible aventura.

Momentos antes de salir, camino de los cielos, Perrier ha rogado a su rival—un mocetón guapo y sereno—que desistiera del duelo.

—¡No! Si tu eres un valiente, yo lo soy también—dijo resuelto y firmemente.

—¡Seal—respondió Perrier—estático y magnífico.

Y el aeroplano se elevó majestuoso y trepidante.

El cielo sereno, estaba iluminado de rojo, por el ocaso del padre Sol.

Un pañolito blanco quedó agitando en la tierra, despidiendo a los dos locos de amor y de celos.

Pasó una hora. No se veía ya el aeroplano. No se oía el motor. La luna dejó ver su pálida faz en el horizonte. Salían las estrellas, rutilantes, invadiendo la bóveda celeste.

Vino la noche. Con ella el silencio y la quietud.

¡La bella figulina fué a Mont-

matre, a beber champán con un viejo degenerado y ricachón!

¿Y los amantes locos?

No han vuelto de su viaje.

¿Los recogió una estrella? Quizás. O la Muda los poseyó para siempre.

Lo probable es, que el espíritu de Werter haya besado y abrazado al del rival de Perrier, y éste, se haya confundido con el del escéptico y amargado Hamlet...

¿La vida? Todo y nada.

LÁZARO SOMOZA SILVA

La palabra del maestro

Todo un siglo de política — el pasado — ha degradado la palabra, ha hecho de ella algo inepto, sin sensibilidad para el arte; ha hecho una cosa inválida, sin ritmo, sin alas. — Ortega y Gasset, de «Una meditación en torno a don Juan.»

En la hora envolvente del crepúsculo, hemos escuchado, como una oración, de pureza y misticismo, la palabra del maestro.

El maestro en una cumbre de idealidad y de aurora, ha vertido sobre nuestro espíritu denso, herido de aridez, la esencia de su sentimentalidad, de su arte y de su sabiduría. Hemos recogido en los auriculares de nuestra alma, la estilizada vibración de su palabra cinceladora, fina, subyugante, con la gentil aristocracia de una musa latina. Ha tenido para nosotros la gracia de un perfil imaginario en el fondo de un paisaje de emociones insospechadas. En la perspectiva de nuestra vida espiritual, la voz del maestro ha sonado a timbal de primavera, con toda la frescura de un renacimiento.

«Una meditación en torno a Don Juan» ha sido el enunciado sugestivo y sereno, para que un alto espíritu de nuestros días, de estos trágicos días de nuestra realidad social, abriese los girasoles de su pecho y dejase caer sobre los hilos de nuestra sensibilidad, la miel de las abejas doradas de sus ideas.

La palabra ha sido reivindicada. Perseguida groseramente por la política, la política hizo de ella torpe mercadería de barraca y la empujó por el subsuelo de la conciencia nacional. Lo mismo que el maestro, la palabra ha vi-

vido, en este hogar despedazado de España, «como un can sin bozal y sin dueño, que aulla a campo traviesa».

En España hemos asistido, acaso inconscientemente, a la tragedia de la palabra. Un siglo de luchas inferiores, reñidas en la antesala de nuestra ruina, ha destrozado el cuerpo ingravido de la palabra y ha hecho de él algo despreciable. La mentira le llenó el camino de cepos y la cazó para adornarse con las galas de ella, con las pepitas de oro de sus alas. Por eso en el anfiteatro de la política, reposa como un despojo de nuestra grandeza.

Para expresar las inquietudes de nuestro espíritu, los vuelos de nuestra inteligencia, ha de menester de la palabra. De la palabra toda verdad, pureza, esclarecimiento.

Sin el gran anhelo renovador de los «divinos descontentos», la palabra se hubiese estacionado en las primeras articulaciones de un grito sin arte, sin emoción, sin perfume. El latido de un corazón generoso, el dolor de una conciencia justa, la floración de un pecho en amores fecundos, hicieron de la palabra la escala milagrosa que nos lleva a Dios, a la suma Verdad, a la perfección suma. Pero un día el ángel malo de la mentira le salió al encuentro, y desde entonces, los hombres caminan separados, distanciados, ajenos los unos de los otros, sin más dinamismo que la especulación materialista. «Como las arenas del desierto», vamos por el área de la tierra, tapando cada vez más, con la mentira, la concha dorada de nuestro corazón.

ADOLFO CARRETERO.

Díálogo en "gringo"

Lugar del diálogo, una barbería en barrio extremo. A un parroquiano, de los de gorra apachesca, le están haciendo la barba; por el espejo ve a un amigote que entra, también a servirse, y entabla con él la siguiente conversación. Vamos a oírlos.

—Adiós, tú; ya te vi anoche.

—¿A mí, dónde?

—Por el barrio.

—Sí; fui a ver si hablaba con esa.

—¿Y qué?

—Ná; que no pudo ser temprano.

—¿Por qué?

—Toma; porque salió con su tía y *er tá*.

—*Po sí, ques un pogramita.*

—Por más que *hise*, se tuvo que *hasé* la *longui*.

—Paese mentira que *tes ten* dando coba.

—A mí, ¿de qué?

—De qué ha de sé, de que te quieren meté en *er toro desa* manera, y tú, en las nubes.

—Vamos; *po* no eres tú *mu lila* ¿Sabes tú argo siquiera de la *mitá* de lo que pasa: Anoche no me pude *arrimá* a *eya* porque no *yebaba* dos gordas. Se metieron en *er teatro* y *mi sieron* un pie agua. Pero yo, *na*; *vorví* cuando *carculé* que *sabía cabao* la *fusión* y los aguardé en la puerta.

—¿Los víte?

—Vamos que si los *ví*; verlo y *sali* detrás *deyos* *tó* *fué* una. Fueron por *pescado*, y yo *detrá*, por *vé* si *er tío* se *piraba*; pero *ná*, ni *pa* qué.

—¿*Entonse* cómo te las *arreglaste* *pa blá* con *eya*?

—*Po* verás; *ma* *delanté* y me fui a junto su casa, *ca* *yí* *vive* una tía suya, parienta de mi maestro. Cuantito le dije lo que pasaba, *va* y me *dise*: *entrusté* en *er patiniyo* *ca* *yí* *pusté* verla. *Totá* *quentré*.

—¿Y qué?

—*Cabía* de sé; que salió como una *madalena*. «Que *eya* no tenía *curpa*.» «Que su madre no la dejaba.» «Que *er tá* tenía mucha *lú*.» «Que yo ganaba *mu poco*.» En fin, *la má*. *Ayí* estuvimo hasta las *dose*, y quedamos *da cuerdo*.

Que cuando yo *sarga der tayé* vaya a buscarla y que desde su tienda hasta la esquina de su casa, *hablariamos* *toas* las *tarde*s y por las *noches*, en *er mismo* sitio; yo subió sobre *er* fogón *der*

patiniyo y *eya* *ensima* de la mesa de *planchá*.

—*Po* sí que *né* *lirvierno* se *vay* a *poné* bueno.

Al llegar a este punto el diálogo, dice el barbero:—*Poyo*, a usé le toca. El otro pagó y se fué. Los que escuchaban se quedaron con las ganas de saber quiénes

eran, de quiénes se hablaba, a qué teatro fueron, dónde compraron el pescado, en qué casa vivía *eya* y la parienta del maestro, qué oficio tenían, en fin, como para escuchado por un curioso. ...Esta es parte de la *gerga* de nuestra Sevilla.

PEFE ESPAÑA.

Nuestro edén

Yo conocí a un notable sevillano que se ufanaba de tener por gala que su casa servía de antesala para hallar de los cielos el arcano.

—Mi casa es un palacio soberano. Con los perfumes que el jardín exhala nada a mi patio en su belleza iguala, que éste no es obra de ningún humano.— Si lo mejor del mundo es nuestra España y lo mejor de España mi Sevilla, donde el goce de amores se acompaña con copas de Jerez y manzanilla, aunque fuera ese hogar una cabaña... ¡su casa es la novena maravilla!

J. Bétar.

Abril, 1921.

Puede pedirse "La Semana Gráfica" en los sitios siguientes:

SEVILLA.—En todos los puestos de periódicos y en esta administración.

CORDOBA.—Kiosco de Andrés Gracia.

CADIZ.—En todas las librerías y puestos de periódicos.

SANLUCAR DE BARRAMEDA.—Francisco de P. Morales y Anastasio Sánchez.

HUELVA.—Librerías de Nicolás Pomar y Justo Toscano.

ARROYOMOLINO DE LEON.—Antonio López Ramírez

ARACENA.—Luisa Romero.

ISLA CRISTINA.—Joaquín Nieto Peele.

CARTAYA.—Luis Romero Flores.

LEPE.—Francisco Guzmán.

MOGUER.—Salvador Borrero.

SAN JUAN DEL PUERTO.—Juan Sánchez Barquero.

FREGENAL DE LA SIERRA.—Manuel Cuaves Polis.

GIBRALEON.—Juan Torres Rodríguez.

INFORMACIÓN GRÁFICA



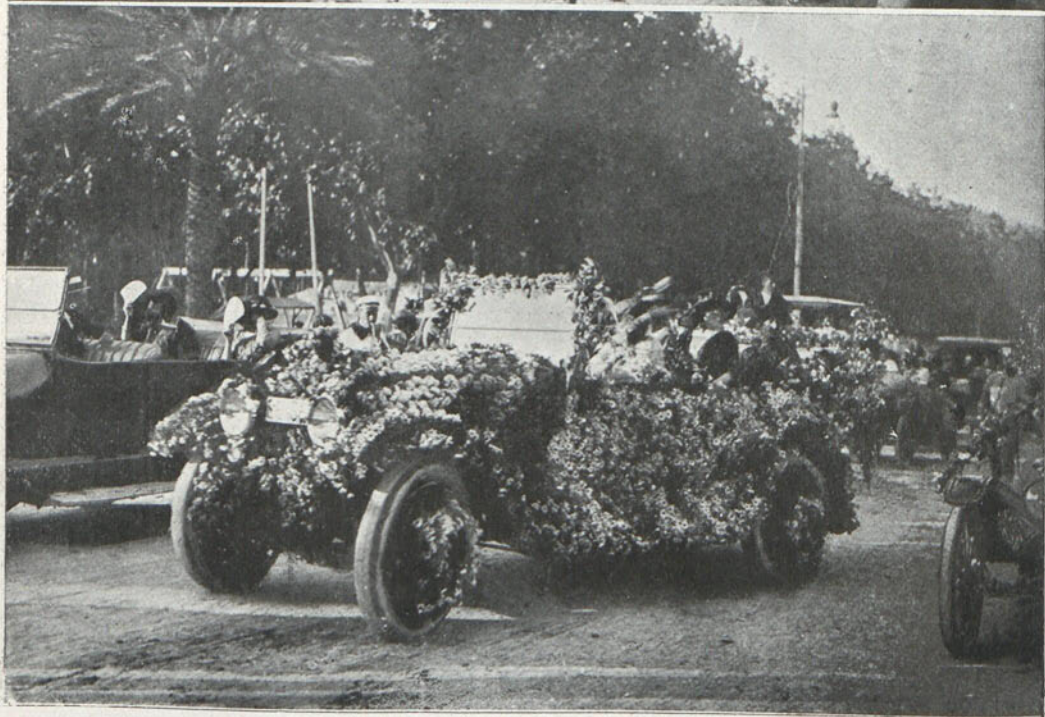
JURA DE BANDERAS EN HUELVA.

Aspecto del Paseo de Santa Fe durante la ceremonia de jurar la bandera los reclutas del batallón de Soria, de guarnición en Huelva, que tuvo lugar con gran brillantez el día 27 del mes anterior.

Biblioteca Nacional de España

Fot. Calle.

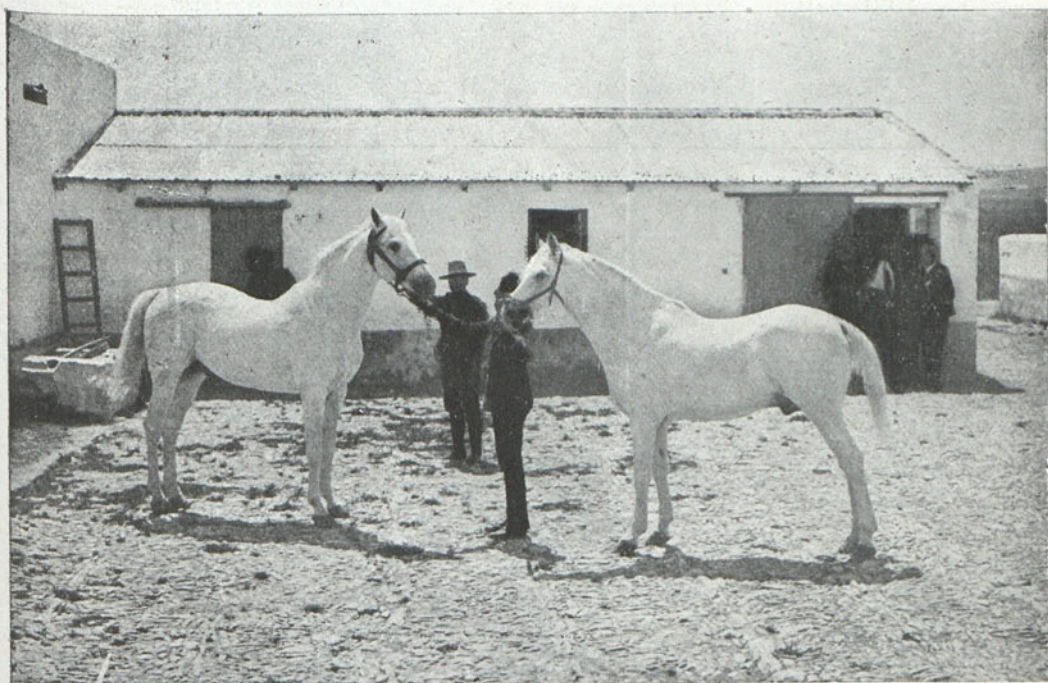
LA FERIA DE JEREZ



Vistas del parque de González Hontoria durante la batalla de flores celebrada con gran brillantez y extraordinaria animación.

Fots. Serrano.

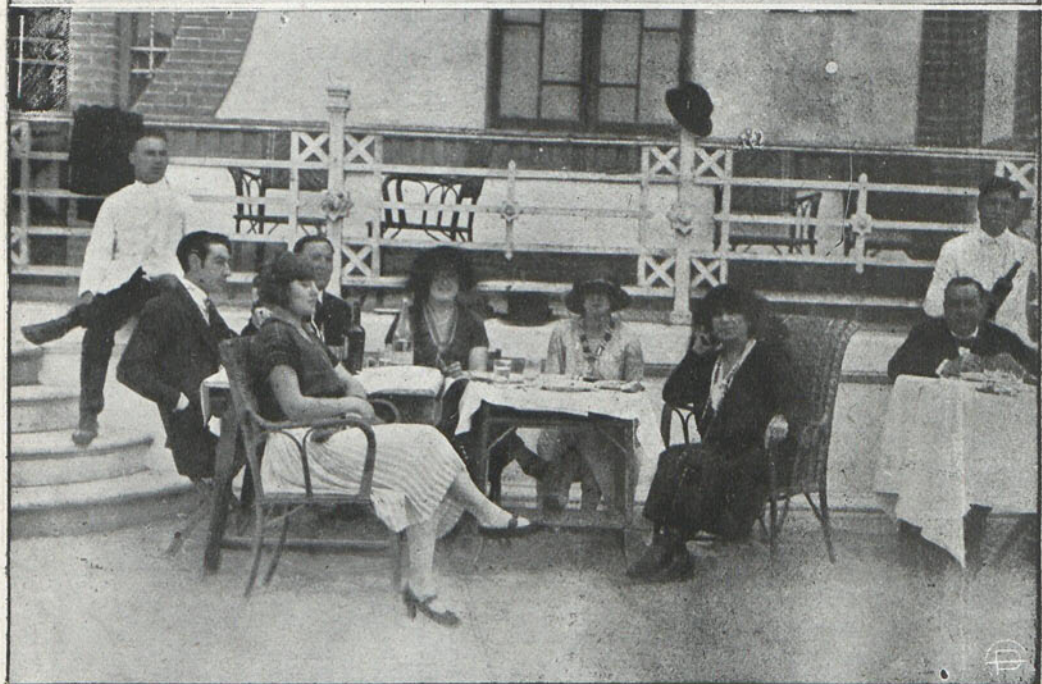
DE LA FRONTERA



(1) Dos magníficos ejemplares de la yeguada militar.—(2) La yeguada militar abrevando en el río Guadalete en el sitio denominado “La Cartuja”.

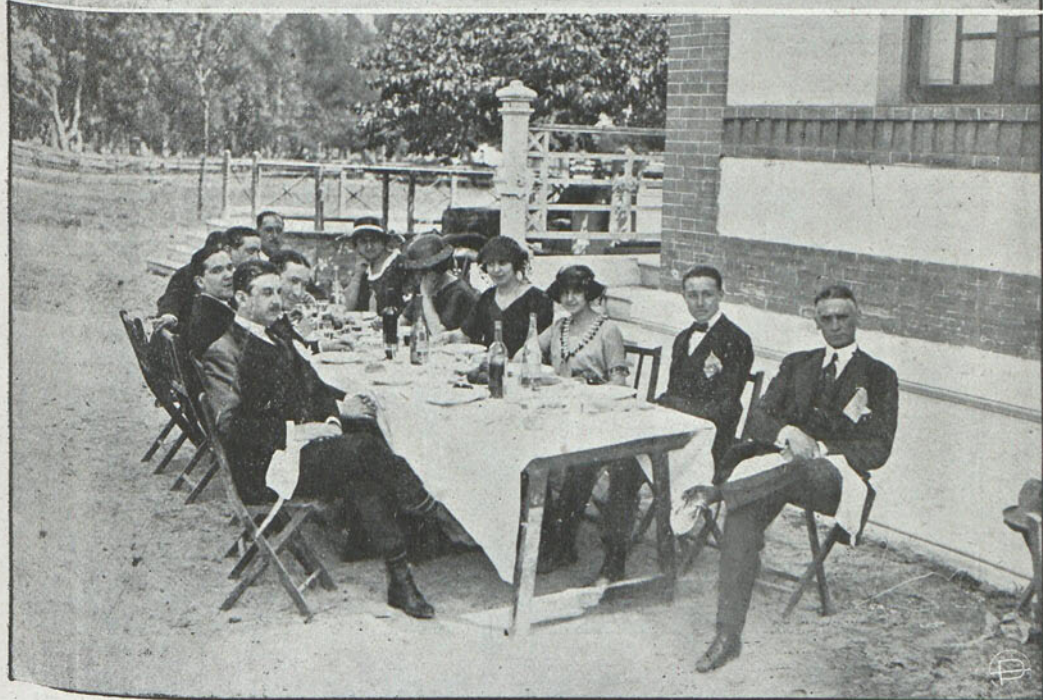
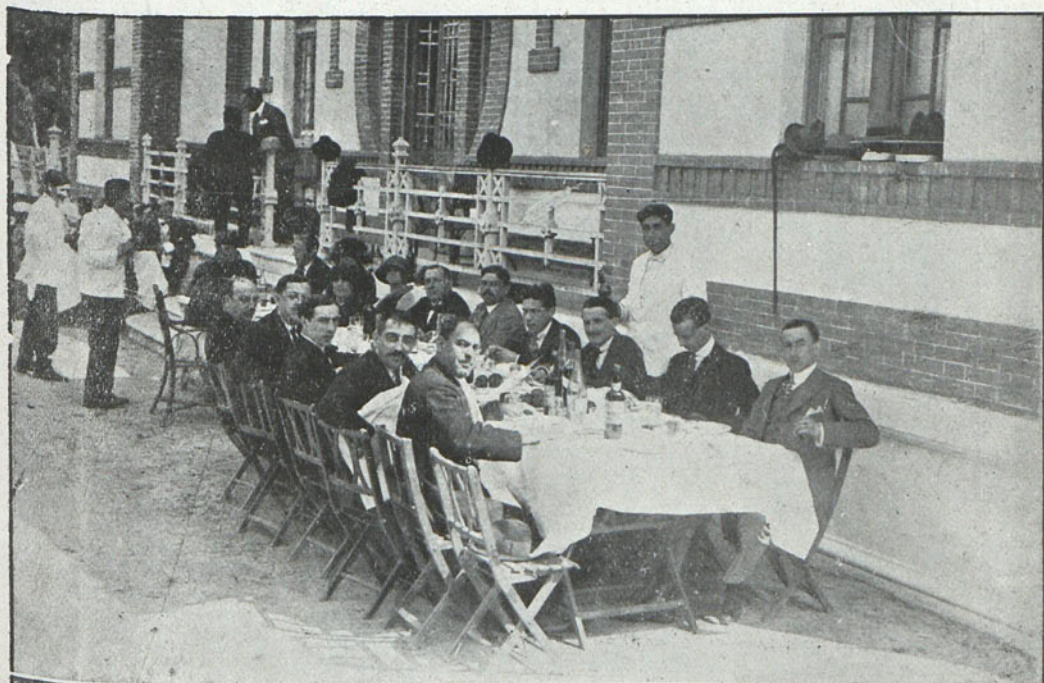
Fots. Serrano.

LA FERIA DE JEREZ



Grupos de excursionistas de la caravana organizada por la Sociedad Automovilista de Sevilla.

DE LA FRONTERA



(1) Una de las mesas ocupada por los periodistas.—(2) Distinguida familia sevillana
almorzando en Jerez después de llegada la caravana automovilista.

MISCELÁNEA GRÁFICA



(1) Asistentes al banquete en honor del señor Goicoechea (X).—(2) Llegada a Sevilla del Ministro de Instrucción Pública (X) para asistir al Congreso de Geografía.—(3) El señor Ortega y Gasset (X) en su conferencia del teatro Lloréns.—(4) El Ministro de Instrucción Pública (X) en el Gobierno civil con el señor Elío y varios periodistas.

Fot. Serrano

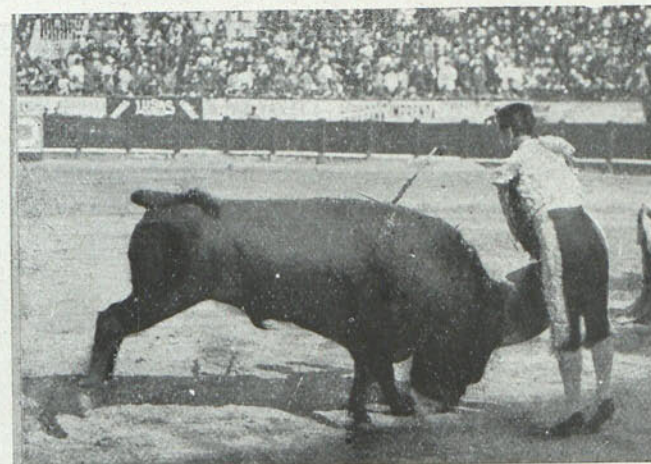
DEPORTES



Madrid.—Momentos interesantes del partido de la semifinal del campeonato de football jugado entre los equipos Sevilla F. B. Club y Athletic de Bilbao, en el que obtuvo un gran triunfo el equipo sevillano.

Fot. Vidal.

TOROS EN JEREZ Y SEVILLA



- (1) Jerez.—Granero pasando de muleta al toro en el que le concedieron la oreja.—(2) Sevilla.—Maera en un pase de rodillas.—(3) Sevilla.—Rodas poniendo un gran par.—(4) Sevilla.—Distinguidas señoritas que presidieron el festival taurino organizado por la Federación Escolar Sevillana.—(5) Sevilla.—Borujito en un magnífico pase por alto.—(6) Jerez.—Varelito entrando a matar.—(7) Sevilla.—El estudiante de Derecho, señor Vázquez Reyes, muletean lo.—(8) Labanda muleteando uno de sus toros en Jerez.

Fots. Serrano.



(1) Velada celebrada en el Ateneo en honor de los estudiantes americanos residentes en España.—(2) En la Real Academia de la Historia: S. M. el Rey saliendo de la sesión conmemorativa del primer cincuentenario de la fundación de la Sociedad española de Historia Natural.—(3) Martínez Anido conferenciando con Allendesalazar y Bugallal.—(4) Inauguración de la casa en Madrid del diario argentino "La Nación".

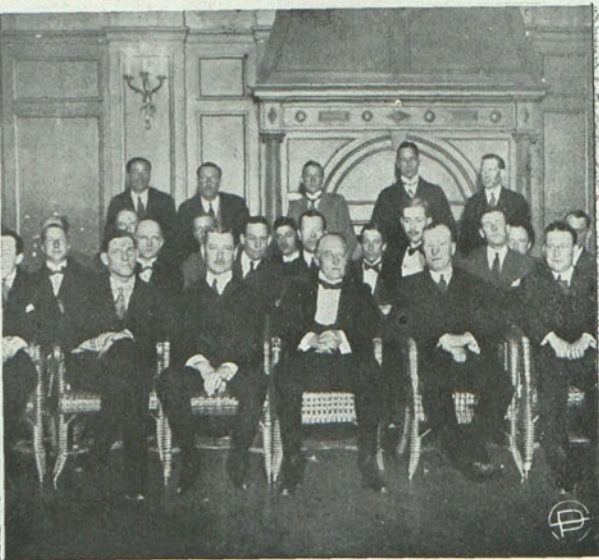
MADRID



(1) Concurrerentes al banquete en el hotel Ritz de despedida al Nuncio de S. S. monseñor Ragonessi.—(2) La manifestación obrera de 1.º de Mayo al pasar por la Puerta del Sol.—(3) Escena de "Los peliculeros", ensayo de sainete del periodista Santiago Vinardell, estrenado en el teatro Español.

Fots. Vidal

NOTAS DE MADRID Y SEGOVIA



(1, 2 y 3) Segovia.—Momentos más interesantes de la colocación de la primera piedra del monumento a Juan Bravo, a la que asistió S. M. el Rey y el Ministro de Instrucción Pública.—(4) Madrid.—Asistentes al banquete de los señores Casado y Sánchez Carrere, por su triunfo en un Concurso de zarzuelas de Buenos Aires.—(5) Madrid.—La colonia inglesa reunida en un banquete con su Embajador para conmemorar la batalla de Zeibruje.

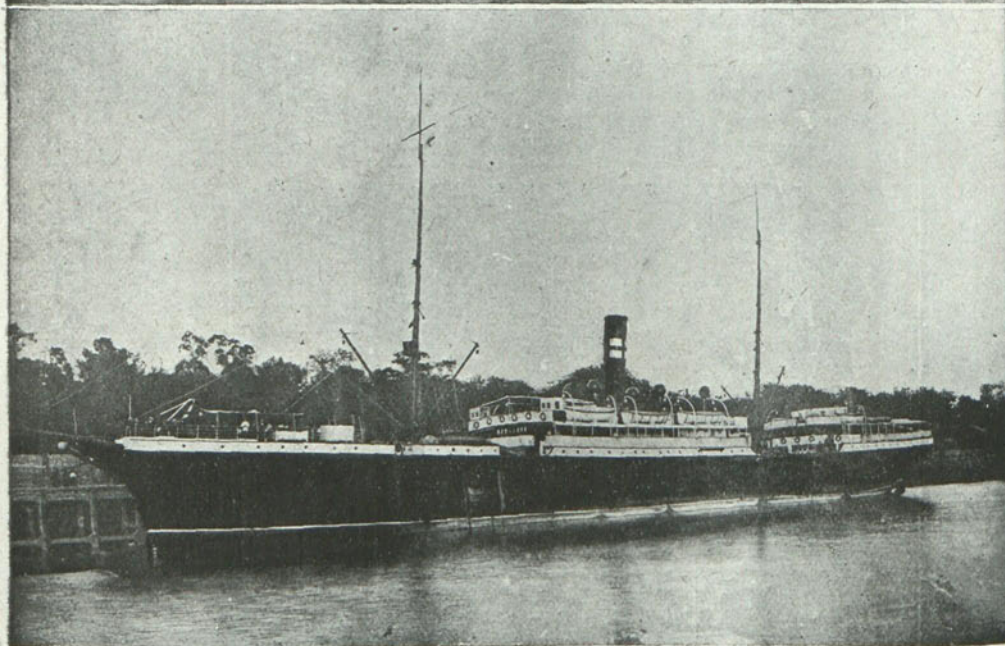
EN EL HIPÓDROMO DE TABLADA



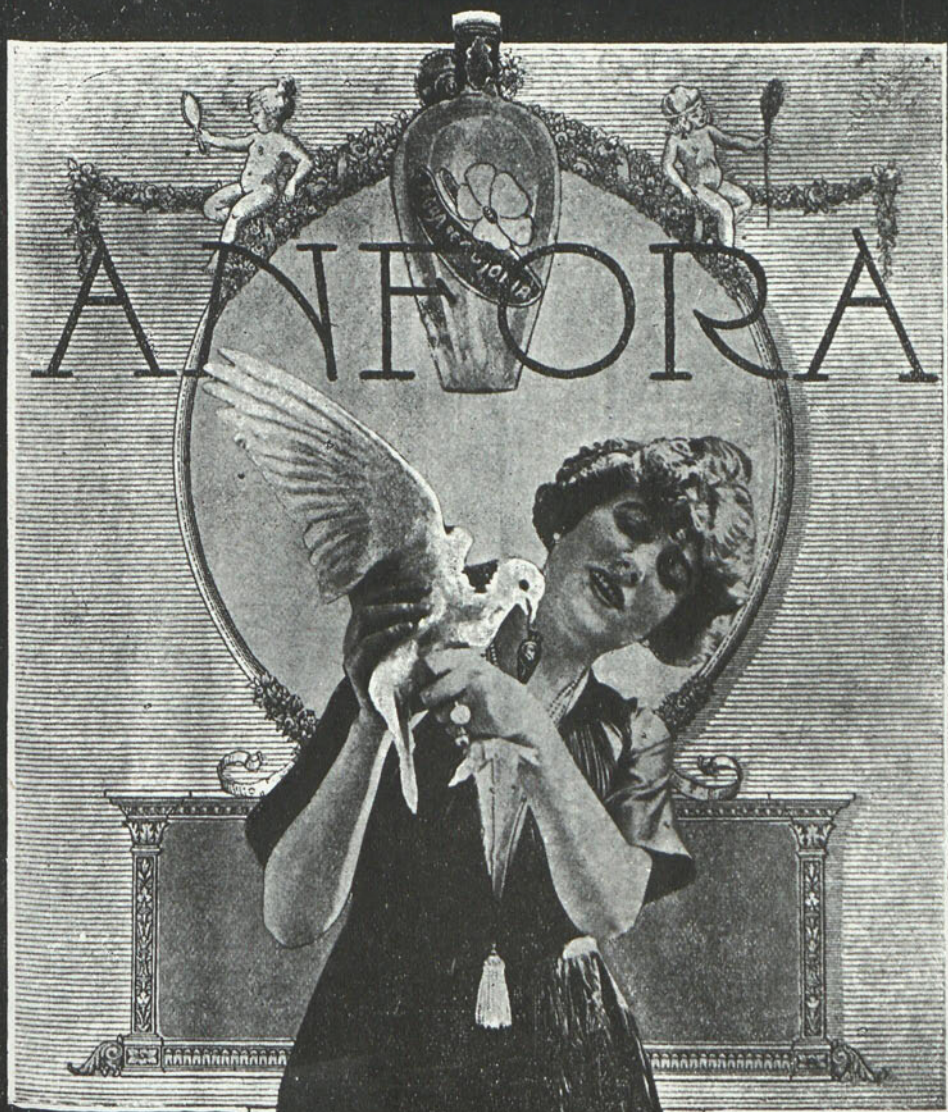
Sevilla.—Último día de carrera de caballos.—Interesantes grupos de asistentes a esta aristocrática fiesta que constituye uno de los mayores atractivos de nuestras brillantes fiestas primaverales.

Fots. Serrano

NOTAS DE HUELVA Y SEVILLA



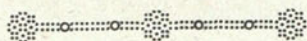
- (1) Huelva.—La Sociedad científica "La Palmera" en su última reunión celebrada en el Huerto de Cádiz, donde se hacen curiosísimos estudios. — Fot. Calle.
- (2) Sevilla.—El trasatlántico "Conde Wifredo" de la Compañía de Pinillos, primero que ha atracado en nuestro puerto con viajeros. Fot. Serrano



Los perfumes
marca
ÁNFORA
son los preferidos
por las mujeres
elegantes.

INSTITUTO
ESPAÑOL
SEVILLA

HELIOS



En nuestro deseo de hacer desfilar por esta sección, que tan bien ha sido recibida por nuestras lectoras, todo cuanto a éstas puede interesar, estampamos hoy cinco modelos de peinados que constituyen la última palabra del mundo elegante.

LA CORALITO

Alberto Miralles era lo que se llama un hombre feliz. Y bien merecido que lo tenía, que hubo de realizar durante los primeros años de su juventud, no pocos sacrificios para lograr el triunfo y la popularidad que ahora le sonreían.

Hijo de un modesto médico titular de cierta ciudad andaluza, quedó huérfano cuando apenas contaba quince años. Su madre, mujer ejemplar para quien la vida no tenía otra finalidad que la de procurar la mayor felicidad posible a su esposo y cuidar con éste de labrar el porvenir de su hijo, quedó materialmente anodada ante la horrible realidad de su viudez. Al intenso dolor por la prematura desaparición del fiel compañero de su vida, unía la punzante incertidumbre del porvenir de Alberto.

Pero hembra de singular entereza, pronto se decidió a afrontar la ruda lucha que la vida le ofrecía. No era amilanándose, acobardándose como habría de vencer la adversidad que tan cruelmente la acometía.

Alberto, por su parte, dotado de verdadero talento y rara fuerza de voluntad, díjose cuenta también de la imperiosa necesidad de luchar, de ser hombre desde el primer momento. Preciso era conquistar una posición rápidamente. Muerto el padre, él venía obligado a hacer lo menos dura posible la existencia de la excelente madre.

Decidieron, pues, trasladarse a la capital, en donde, gracias a la antigua amistad de su padre con un famoso ganadero—a quien aquél salvó en cierta ocasión de un trance peligroso—, pudo hallar un empleo, malamente retribuido por cierto, en las oficinas de una Compañía minera. Trabajaba en ellas Alberto durante algunas horas del día, y por las noches, robando tiempo al descanso, estudiaba, estudiaba con creciente ahínco hasta las primeras horas de la madrugada, mientras su madre, su santa madre, confeccionaba labores que le eran miserablemente pagadas por una casa de modas.

Los jefes de Alberto, conocedores de las bellas cualidades que le adornaban, su honradísimo afán de crearse una posición independiente, le ayudaban permi-

tiéndole ausentarse del escritorio a las horas en que había de asistir a las clases en la Universidad.

Pasaron los años vividos en una mal disimulada miseria... Pero como todo llega en el mundo, llegó también el día en que Alberto terminó, por cierto brillantemente, su carrera. Ya era médico: lo demás, fué cosa fácil.

Pronto se destacó, y su nombre adquirió fama, no sólo en la capital, sino en toda la provincia, de cuyos pueblos venían constantemente enfermos deseosos de confiar al novel Doctor la curación o el alivio de sus dolencias.

¡Oh, el día en que Alberto, radiante de noble orgullo y alegría; de íntima felicidad, pudo redimir a su madre de las garras del avaro mercader que tanto tiempo explotara sin piedad la miseria de la infeliz! Ahora, viéndola dichosa, contenta y orgullosa de ser su madre—como ella le decía—, Alberto se consideraba el más venturoso de los mortales...

Un día, Alberto recibió en consulta a una señora cincuentona (antipática como ella sola), acompañada de una bellísima muchacha como de unas diez y ocho primaveras. Endebucha parecía la joven, no obstante lo cual, su belleza triunfaba: sus ojos, sobre todo,—ojos negrísimo de andaluza—eran motivo suficiente para hacer perder el juicio al ser más equilibrado...

No estaba bien la niña. Varios médicos de Cádiz, donde tía y sobrina vivían, fracasaron en sus intentos de robustecer aquella pobre naturaleza de Aurora.

Inquirió antecedentes el joven doctor. Los padres de la joven murieron con corta diferencia de días, mucho antes de ser viejos; se trataba, sin embargo, de sujetos sanos. La niña, que al quedar huérfana apenas si tendría seis años, fué recogida por su tía, criándose siempre sana y robusta hasta hacia dos o tres años que comenzó «a flaquear». Y esto era todo.

Recomendado por el doctor el plan curativo que juzgó oportuno, indicóles la conveniencia de quedar algún tiempo cerca de él, con objeto de que pudiera observar, con breves intervalos de días, los efectos del plan a que había de someterse la bella enferma.

Así se hizo. Las visitas fueron desde aquel día bastante frecuentes, y a poco una maravillosa transformación comenzó a operarse en Aurora. Un mes de tratamiento fué suficiente para que la enferma recobrase su espléndida salud de años pasados... y también para algo más.

Alberto amaba locamente a Aurora, y ésta parecía corresponder del mismo modo a la pasión de aquél. En cuanto sus ocupaciones se lo permitían, Alberto tomaba el tren y corría a pasar unas horas al lado de su novia, en su casa. Ni por curiosidad de conocer la población, perdió nunca el enamorado médico unos minutos para recorrerla. El corto tiempo que estaban reunidos lo dedicaban, naturalmente, al placer infinito de contarse mil frases de amor; a formar planes deliciosos para cuando se casasen.

Irían,—el viaje de novios era cosa obligada—a Madrid y San Sebastián, las poblaciones que más curiosidad despertaban en Alberto. Luego, para complacer a Aurora, harían una escapada a París. ¡Oh, París era la pesadilla de la bellísima muchacha!

—Pasear—decía—de tu brazo por los famosos bulevares; zambullirnos en medio del «mare-magnum» de la gran ciudad cosmopolita; admirar contigo cuanto de grandioso existe en la capital de Francia; y volver luego a casa a querernos, a amarnos siempre, siempre...

Al hablar así, Aurora, mimosa, entornaba los soberbios párpados, como si un sueño de delicias envolviese todo su ser...

Para Alberto, el Paraíso estaba en Cádiz; esto no admitía dudas. La mayor suma de humanas perfecciones, en Aurora y sólo en ella podía hallarse. Para Alberto, pues, su madre y Aurora llenaban por completo su vida. El summum de la felicidad, casarse con su novia...

Todo estaba preparado para la boda. Aquel día, en su última visita de soltero a Cádiz, quedaron acordados los detalles finales. El enlace de los amantes tendría lugar en Sevilla ocho días después. Era un capricho de Aurora, que la boda se celebrase en Sevilla y ante el altar del Gran Po-

der, por el que decía tener particular devoción.

Se despidieron los amantes, como nunca. Cogidas las manos a hurtadillas de la antipática tía, se contemplaban arrobados. Al final, él la miró ebrio, ansioso... Ella, palpitante, bajaba los ojos...

Cuando Alberto llegó a la estación, el tren partía: no le pudo alcanzar. ¡Bueno! Mejor; pasaría una noche en Cádiz: un telegrama a su madre, y volvería al lado de Aurora hasta la hora de dormir: y al día siguiente, en el primer tren, se marcharía.

De pronto, notó que desde un coche le llamaban. Descendió de él un joven; su antiguo condiscípulo Paco Artache, que corría a abrazarle. Le invitó a dar juntos una vuelta; comerían luego reunidos y charlarían de cuanto les hubiera ocurrido en los tres años que no se habían visto.

No supo resistir Alberto la cariñosa invitación.

Mientras el ágame, Alberto puso al corriente a su amigo de sus proyectos de boda. Paco, escuchándole, sonreía un poco escéptico notando aquel entusiasmo de Alberto, que consideraba el matrimonio como el perfecto estado del hombre. El, en cambio, amaba la libertad del celibato. Rico y aficionado a divertirse, hallaba un gran placer en tener hoy una querida y mañana otra. Ligarse por toda la vida a una mujer, era algo incomprensible para Paco Artache.

Precisamente andaba ahora, desde su reciente llegada a Cádiz, en trapicheos con un encanto de mujer. Sólo que ella, a más de negarse a seguirle, ni siquiera le aceptaba como único amante... El empeño en llevársela con él a Madrid le retenía aún en la bella capital andaluza. Ya vencería la obstinación de la muchacha. ¿Se trataba de una estratagema para

así apoderarse mejor de la voluntad del solicitante?

—No sé, chico,—decía Paco Artache,—lo cierto es que, hasta ahora, sólo he conseguido, lo que tantos otros. Pasar juntos algunas horas, por la noche, en casa de Mariquita la Rubia.

Paco Artache que «charaba por los codos», siguió verdaderamente entusiasmado, detallando a Alberto los mil encantos de la Coralito.

—¡Qué mujer, chico, qué mujer! Mira, si quieres, vas a verla esta noche. A las once. Pero oye; cuidado con enamorarse, ¿eh?: sería una mala faena que me fueses a birlar la querida.

Protestaba Alberto. No iría: el recuerdo de su adorada Aurora le salvaba de las para él malévolas proposiciones de Paco Artache. Si fuera no sabría luego presentarse ante su novia sin sentir vergüenza. No, no quería ir.

Se reía Artache de su amigo; Hallaba bastante ridículo su escrupulo; impropio de un hombre. O es que temía ser, como él, víctima de los hechizos de la Coralito... Paco se reía ahora de la firmeza del amor de su camarada.

Se enfadó un poco Alberto. No, no era posible que mujer alguna hiciese decaer lo más minino el amor, la pasión que por su novia, su prometida ya, sentía.

Iría, iría con su amigo a conocer a Coralito, bien seguro de resistir la tentación de sus raros encantos... ¡No faltaba más!

La casa de Mariquita la Rubia estaba en una apartada calleja de la ciudad. A ella, sólo tenía acceso lo más selecto de la juventud alegre de Cádiz desposa de pasar alegremente las horas de la noche en compañía de la que llamaban «la aristocracia de fémina alegre».

Sólo acudían a esta casa desgraciadas muchachas que poseían un extraordinario cuidado en recatar lo más posible sus nocturnas visitas a aquel lugar.

Alberto y Paco Artache se instalaron en un confortable gabinete; y mientras la misma dueña de la casa les servía unas copas de licor, el segundo la encargaba fuese en busca de Coralito.

—Buen gusto tiene usted, don Paco,—decía Mariquita,—Eso es canela; lo mejó de Cádi, créame

V... Yo misma voy por ella. Si no...

Salió del gabinete Mariquita, cuidando de dejar bien entornada la puerta.

Alberto, se sentía algo violento en aquella casa. Aborrecía el vicio y no hallaba explicable el que un joven como Artache encontrase placer entre los brazos de mujeres que, como cualquiera mercancía, pasaban a cada momento por distintos poseedores... Ya, ya podía venir la Coralito; como ante cualquiera otra de su ralea, él sentiría repugnancia: por lo menos, indiferencia. A él no le gustaba más mujer que su novia. Se desengañaría su amigo enseguida. Ni Coralito, ni...

Un coche paró a la puerta. Luego, una llamada especial advirtió a la vieja que servía de portera de la necesidad de apartar del paso a cualquier curioso indiscreto.

Al fin, unos pasos menuditos, firmes, que se acercaban y un leve crugir de faldas, advirtió a los dos amigos la llegada de la peregrina beldad.

Al abrirse, de pronto, la puerta del gabinete y aparecer la espléndida belleza de la Coralito, dos gritos indescriptibles se mezclaron.

¡¡¡Aurora!!!

¡¡¡Alberto!!!

Aquella noche, los asiduos concurrentes a la casa de Mariquita la Rubia, velaron allí los cadáveres de la Coralito y el joven doctor Alberto Miralles.

La pistola de éste había dejado en libertad a Paco Artache de volverse a la corte...

ANTONIO GAMERO MARTIN.

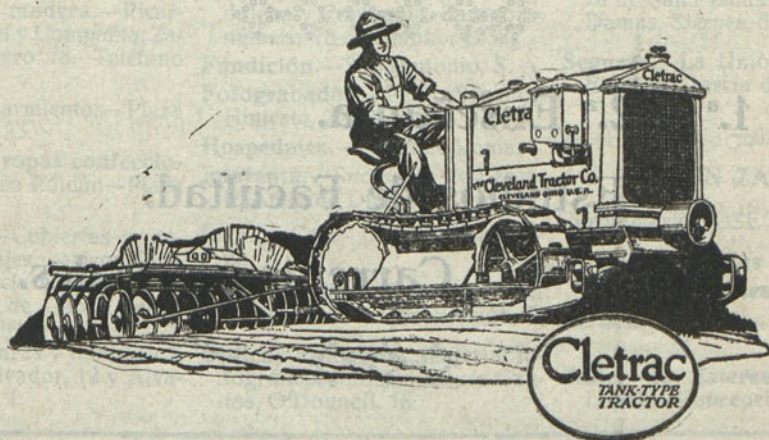
GRAN HOTEL
DE ROMA
REFORMADO

Gran Sastrería
CASA SUBIRÁ
O'DONNELL, 30 y 32

SEVILLA

Tractor CLETRAC

20 HP. en el motor y 12 HP. en
:-: la barra de tracción :-:



Único tractor sin competencia para labrar en olivares.
Único tractor sin competencia que no apelmaza el terreno.
Tira de sembradora y segadora y puede emplearse fácilmente como máquina fija.

:-: Entrega inmediata :-:

SALON EXPOSICION
CAMPANA. PLAZA DEL DUQUE.

COLEGIO
— DE —
SAN FRANCISCO DE PAULA



1.^a y 2.^a Enseñanza.

Estudios de Facultad.

Carreras especiales.



15, ALCAZARES, 15
SEVILLA



ANUNCIOS POR PALABRAS

La conveniencia de esta sección y los grandes beneficios que reportan al anunciante y al público son indiscutibles, pues aquél, por poco dinero, obtiene una eficacísima propaganda de sus mercancías, y el lector encuentra en ella siempre ofertas ventajosas. Dedicaremos parte de estos anuncios a publicar la correspondencia que se nos remita y que a juicio de la dirección puedan serlo.

Precio por palabra y por inserción: DIEZ céntimos.

Anuncios.—Los más eficaces, los de LA SEMANA GRÁFICA, Amor de Dios, 33.

Almacenes de madera.—Ricardo Magdalena y Compañía, Zaragoza, número 78—Teléfono 1232.

Manuel Ríos Sarmientos—Plaza de Argüelles, 23.

Almacenes de ropas confeccionadas.—Pedro Roldán—Plaza del Pan, 3.

Automóviles.—Cubiertas y cámaras. Bandajes macizos Dunlop.—Andalucía Automóvil, S. A. Sucesores de García Junco hermanos, Adriano, 1 y 7

Cubiertas, cámaras y accesorios. Plaza del Salvador, 12 y Alvarez Quintero, 1.

Comidas.—Restaurant Bolínche. Federico de Castro, 13.

Construcciones.—Ricardo Magdalena y Compañía. Zaragoza, número 78—Teléfono, 1232.

Fundición.—San Antonio, S. A. **Fotografados.**—Pedro Sánchez, Hiniesta, 29.

Hospedajes.—Hotel de Roma.

Imprenta.—Sucesores de Bergallí, Amor de Dios, 33.

Joyas.—Casa Dalmás, Campana, 7.

Muebles.—Manuel Tejero, S. en C., Plaza de la Constitución, 5.

Óptica, Fotografía, Material fotográfico.—La mejor casa Cantos, O'Donnell, 18.

Perfumes.—Instituto Español.

Pianos.—Piazza Hermanos, Plaza de San Fernando, 5. Damas, Sierpes, 65.

Seguras.—La Unión y El Fénix Español, García de Vinuesa, 6.

©:○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○

SALÓN ZAPICO

Propietario: JOSÉ MARTÍNEZ

Grandes bailes todas las noches.

○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○

Taller de Estereotipia.—José López.—Concepción, 3.

LEA USTED
todos los miércoles

La Semana Gráfica

Grandes informaciones

La Semana Gráfica

REVISTA DE INFORMACIÓN GENERAL, ARTE, LITERATURA,

MODAS, TEATROS, DEPORTES, TOROS, ETC.

Publicará numerosos fotograbados de la más palpitante actualidad

y amenas crónicas.

NÚMERO SUELTO, 0'30 PTA. - ATRASADO, 0'60.

Suscripción trimestral:

En Sevilla	3'50 Ptas.
Resto de España	4'50 »
Extranjero	6'00 »

PAGO ANTICIPADO

Tarifa de anuncios por inserción

Una plana	100 Ptas.
Media plana	60 »
Tercio de plana	40 »
Cuarto de plana	30 »
Octavo de plana	15 »

Sitios preferentes y reclamos ilustrados, precios convencionales.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: AMOR DE DIOS, 33.--SEVILLA.--Teléfono, 827

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.

con domicilio en calle

núm. se suscribe por a "La Semana

Gráfica", a cuyo efecto remito al Sr. Administrador de
dicha revista por giro postal pesetas⁽¹⁾

..... a de de 1921.

(Firma del suscriptor)

(1) A los suscriptores de la capital se les pasará recibo a domicilio.

Los buenos comerciantes lo saben: ningún anuncio es tan eficaz como el que aparece en una revista ilustrada. Este anuncio es casi eterno, porque una revista nunca se rompe ni se tira. Cada anuncio que pongas en una revista equivale a un ciento de los que hagas por cualquier otro procedimiento. Pon tu anuncio en "La Semana Gráfica" y centuplicarás tus operaciones. - - - -

Andalucía Automóvil

S. A.

Sucesores de García-Junco Hnos.

Cubiertas y Cámaras

para Automóviles

MARCAS

DUNLOP

FISK

MICHELIN



Bandajes macizos

DUNLOP

Prensa especial

para su colocación en el acto

PRECIOS

SIN COMPETENCIA

